

LA ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO

Luigi Bobbio
y Guido Viale

En los últimos años se han producido profundas transformaciones. Algunos hechos han penetrado profundamente en la conciencia de los jóvenes (cuando hablamos de jóvenes no nos referimos a la edad, sino a aquellos sobre los cuales el sistema del dominio social no ha hecho efecto todavía o no ha sido capaz de imponer la aceptación de la subordinación mediante la manipulación política y la planificación de todo el ámbito de la vida diaria) y se han hecho conscientes del hecho de que el capitalismo no es una máquina que funciona con la regularidad de un reloj, en que toda aspiración y toda exigencia está ya en principio "integrada", sino que es un sistema de decisiones políticas que tiene sus bases en el consentimiento, en la colaboración, en la pasividad y en el aislamiento de cada uno de nosotros.

VIET NAM

Para el establishment (patrones, partidos, prensa de información y de izquierda, vedettes de la masturbación intelectual), Viet Nam es una "tiñosa" o, en el mejor de los casos, un problema moral. Para todos los otros, incluida la clase obrera "apática e integrada", es la medida de nuestra impotencia y de la esterilidad de los canales a través de los cuales ha sido institucionalizada la lucha de clases. Pero para muchos Viet Nam ha sido y continuará siendo uno de los traumas psicológicos que ponen en crisis las categorías con que hasta ahora ha sido afrontado el problema del análisis social (incluida aquí la cetera de tratados de marxología).

Viet Nam ha demostrado a todos la superioridad de la organización política frente al poder de la tecnología capitalista. Ha desenmascarado la brutalidad del dominio imperialista que se oculta detrás de los mitos de la opulencia y la democracia representativa. Viet Nam constituye la más fuerte crítica en acción de las teorías del desarrollo capitalista.

En Viet Nam culminan todos los grandes hechos internacionales que en los últimos años han quitado espacio en los periódicos de información (y en la conciencia de los jóvenes) a las crónicas de balompíe y a las saturnales de los festivales de música

—la revolución cultural china, que es la reafirmación de la prioridad de la lucha política y la praxis respecto a las exigencias “objetivas” del desarrollo tecnológico y económico.

—la guerrilla suramericana y las revueltas de los ghettos afro-norteamericanos que son la demostración en los hechos de la incapacidad del imperialismo para planificar el control político y el desarrollo económico de los pueblos explotados;

—la crisis de la balanza de pagos internacionales y el derrumbe de la esterlina, que han acelerado el proceso de integración política y económica de los países industrializados y que repercuten en las crisis de coyuntura de Francia, Inglaterra y Alemania, esto es, en la desocupación en aumento de toda Europa, que tiene su reverso, silenciado y puesto en sordina, en las explosiones de rabia de algunas luchas obreras de los últimos años en Francia (Caen, Le Mans, Lyon), en Alemania (Ruhr, Bremen), en Inglaterra (portuarios, astilleros, BMC), en Italia (Milán e Ivrea) y en las revueltas de las colonias de subdesarrollo que el capitalismo crea en el corazón mismo de la metrópoli (campesinos franceses, pastores sardos, jornaleros calabreses, ghettos napolitanos).

LA EVOLUCIÓN DEL SISTEMA POLÍTICO

Como es sabido, la situación de los países capitalistas europeos se está homogeneizando cada vez más; a la cada vez mayor integración y subordinación respecto de los centros de decisión del imperialismo y a la consiguiente fragilidad de coyuntura que se traduce

en fricciones y conflictos de clase de dimensiones y profundidad nueva, corresponde en el plano de la organización política una evolución hacia formas de gobierno y regímenes políticos cada vez más autoritarios; el laborismo, la gran coalición, el gaullismo y el centroizquierda se asemejan cada vez más; son regímenes políticos que se compenetran con la totalidad de las instituciones, que no contemplan la posibilidad de un cambio político (no constituiría un cambio ni la victoria de la federación de las izquierdas en Francia, ni la ampliación de la mayoría al PCI en Italia, como no ha representado un cambio el traspaso del ejercicio del poder por el partido conservador al laborista en Inglaterra).

Característica de estos regímenes es la compenetración completa entre poder político y poder económico (mediante la programación, la industria de Estado, la cogestión de la investigación, la política monetaria y fiscal) y la institucionalización de la lucha de clases a través de canales sindicales cada vez más burocratizados, que en algunos casos actúan en forma represiva y en otros recogen parte del impulso obrero para canalizarlo en formas de lucha limitadas y simbólicas. El sistema social de los países capitalistas avanzados se configura cada vez más como un conjunto de instituciones totalitarias destinadas al control y el dominio de quien está sujeto a ellas. La diferencia entre poder económico y poder político tiende cada vez más a desvanecerse; lo que resta es el dominio institucionalizado en todas las fases de la vida diaria: el trabajo, el tiempo libre, el consumo, la instrucción, las relaciones personales.

EL AUTORITARISMO NO ES UNA HERENCIA FEUDAL EN UN MUNDO NEOCAPITALISTA; ES LA FORMA FUNDAMENTAL DEL DOMINIO DE CLASE QUE CONSTITUYE LA FINALIDAD DE TODAS LAS INSTITUCIONES

Todos los partidos europeos funcionan prioritariamente como máquinas electorales y como mecanismos de organización del consenso al régimen parlamentario, que de hecho se ha transformado en un instrumento de legitimación (a través del juego del debate entre mayoría y oposición) de las decisiones adoptadas por la élite en el poder.

La participación de los jóvenes en los partidos de la izquierda europea es cada vez más escasa, pasiva, burocratizada. En estas organizaciones burocráticas no hay nada que hacer sino carrera. De la vida política de la izquierda europea ha desaparecido completamente la praxis.

Para la búsqueda de una praxis política destructiva y revolucionaria se han constituido en los últimos diez años (a partir de la guerra de Argelia) una serie de grupos políticos que tienen su base de reclutamiento sobre todo entre los jóvenes y que se han empeñado en una serie de iniciativas esporádicas y desacordadas, sobre todo en el plano de las manifestaciones antimperialistas, de la divulgación de las informaciones, de la intervención en el nivel obrero. El análisis y el debate político han desempeñado en su interior un papel predominante. El problema de la reconquista de una praxis política destructiva, capaz de superar los polos opuestos de un análisis demasiado abstracto e ideológico y la limitación de la posibilidad de intervención efectiva que no permitía iniciar una acción política de masa, ha constituido el elemento de mayor dilaceración en el interior de la "nueva izquierda europea". El reclutamiento de estos grupos ha tenido lugar preferentemente en el ambiente estudiantil.

En el curso de las agitaciones de este año en Italia la presencia de estudiantes formados en el interior o en torno a estos grupos (a menudo después de haber pasado a través de más de uno de ellos) ha sido masiva. Las agitaciones estudiantiles han ofrecido a muchos de ellos por primera vez la posibilidad de transformar su descontento en praxis política.

EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

Existe un gran descontento y una carga de rabia entre todos los estudiantes que no son debidos solamente al retraso de la escuela italiana (como muchos tienden a creer), sino sobre todo al hecho de que la escuela es objetivamente, y tiende cada vez más a serlo, uno de los instrumentos fundamentales de transmisión de los valores autoritarios de nuestra sociedad y de manipulación de los estudiantes, inclinado a hacerles aceptar las formas de la división

del trabajo y la estratificación jerárquica de los papeles en que se funda nuestra sociedad.

En el ámbito de la sociedad la escuela es un instrumento de selección e integración, en el sentido de que funciona como aparato de legitimación (sobre la base de criterios culturales y científicos perfectamente funcionales en la estructura jerárquica de la sociedad) de la división entre clases.

La escuela es, pues, un instrumento de subordinación en el sentido de que los contenidos y los métodos de la enseñanza (el autoritarismo) imponen al estudiante un papel completamente pasivo que prefigura su posición futura en el interior de las estructuras productivas y su actitud subordinada frente al ejercicio del poder.

En la ideología que preside e impregna las llamadas materias humanísticas, en la transmisión mecánica de las materias científicas, en el parcelamiento de las enseñanzas técnicas, en los métodos autoritarios de enseñanza y en los continuos controles fiscales que constituyen el punto de apoyo de nuestras instituciones escolares, la escuela se revela como un gigantesco aparato burocrático destinado a la organización del consenso (cfr. el documento sobre la escuela de Turín).

El primer dato bruto que la organización de la lucha se encuentra delante y que debe saber recuperar completamente es el contraste entre la organización represiva de las instituciones escolares y la carga destructiva que caracteriza el despertar de la conciencia de los estudiantes. Es ésta una acción de movilización que si se conduce correctamente puede llevar directamente a la organización política de los estudiantes saltando el momento reivindicativo (y por tanto el dilema entre reforma y revolución) como instrumento de movilización, momento reivindicativo que puede ser recuperado después tácticamente una vez que haya sido esclarecido su carácter absolutamente parcial y destinado al objetivo del crecimiento político.

La consigna de la lucha contra el autoritarismo ha demostrado saber recuperar esta carga destructiva canalizándola hacia una forma de praxis plenamente válida y generalizable en el plano estratégico.

co: la organización permanente y colectiva de la no colaboración y la radicalización del antagonismo.

La consigna de la lucha contra el autoritarismo, la identificación de los profesores (cualquiera que sea su ideología) como enemigos de clase en cuanto gestores del poder social más directamente en contacto con los estudiantes, ha dado una justa indicación de las posibilidades de analizar el capitalismo (esto es, un sistema social fundado en el consenso) a partir de las posibilidades reales de una praxis destructiva y de las exigencias efectivas sentidas por la masa de aquellos a que se quiere movilizar.

Por esto la lucha contra la escuela, en una sociedad fundada en el consenso y en la institucionalización del antagonismo, no es un razonamiento instrumental dirigido exclusivamente a la creación de un estado de agitación al cual se sobrepone un razonamiento abstractamente revolucionario o para usarlo exclusivamente como momento de reclutamiento de cuadros destinados al "verdadero trabajo político".

La lucha contra la escuela debe llegar a ser el primer momento de reconstrucción de una praxis revolucionaria que se injerte directamente en las exigencias y en la conciencia del sujeto de tal praxis.

Obviamente, no debemos ni podemos detenernos aquí (esto es, en el movimiento estudiantil).

Un primer momento de ensanchamiento se ha tenido en ocasión de la extensión de la lucha de la universidad a las escuelas secundarias y sobre todo a las escuelas técnicas nocturnas, que por la composición de clase del cuerpo estudiantil se revelan como las más difíciles de movilizar, pero también como las más ricas en carga y potencialidad revolucionaria (cfr. documento de Cattaneo, Milán, y el periódico "La Scintilla" del Avogadro, Turín).

Para unificar en objetivos comunes las luchas de todos los estudiantes hay que saber atacar la función misma que la escuela desempeña en el ámbito de la sociedad y sobre todo desenmascarar con la lucha su carácter selectivo e integrador, que es la forma a través de la cual el autoritarismo se ejerce a nivel social.

El objetivo que mayormente responde a estos requisitos, que responde a las exigencias más sentidas de todos los estratos que se quiere movilizar, que permite hacer de las luchas estudiantiles y de la organización del movimiento un instrumento de la lucha de clases, que permite injertar en estas luchas un análisis del sistema y un razonamiento directamente político, es el de la reivindicación de un salario general para todos los jóvenes de menos de 18 años (y para todos aquellos que quieren continuar los estudios) como único método válido en el plano de clase para afrontar el problema del derecho al estudio, para combatir el carácter selectivo y estratificado de la sociedad. El salario generalizado no debe, empero, ser propuesto desde el exterior del movimiento, como un "objetivo" para movilizar a las masas estudiantiles y los jóvenes trabajadores, y hay que rechazar las interpretaciones políticas, a menudo demasiado abstractas, que del mismo han dado muchos grupos políticos: una propuesta provocativa para permitir a los estudiantes negarse como tales ("Strutture di classe", Milán); un objetivo capaz de hacer saltar el sistema ("Classe Operaia", Roma, y en parte la comisión Derecho al Estudio de Turín, como se presentan sus trabajos en el boletín del 11-3); una propuesta revolucionaria que unifique inmediatamente, a nivel de objetivos de lucha, a los estudiantes y la clase obrera ("Sinistra Universitaria", Nápoles, y en parte "Potere Operaio", Pisa). El problema de la revolución y la unificación en las luchas de los estudiantes con la clase obrera es bastante más complejo que la simple identificación de un objetivo, por justo y concordante con las exigencias de todos los explotados que puedan ser. El salario generalizado debe ser una propuesta que permita al movimiento recoger y organizar todos esos sectores estudiantiles que se han movilizado ya o que sienten la necesidad de afrontar lo más pronto posible el problema del derecho al estudio; una propuesta que desmixtifique las reivindicaciones sectoriales de realización del derecho al estudio en lo que tienen de parciales y que lleve el centro de la atención a la selectividad y a la función social de la escuela para poder organizar con más claridad la lucha en todos los niveles contra el sistema de la escuela como tal, como ha sido dirigida hasta ahora en muchos lugares. Un segundo momento de generalización lo da el hecho de que las luchas

estudiantiles han creado un estado de movilización en todo el país que, especialmente en ciudades encuadradas y ordenadas como Turín, ha penetrado profundamente en la conciencia de la clase obrera. La maciza participación de jóvenes trabajadores en manifestaciones de calle organizadas por los estudiantes en algunas ciudades son sin más un primer momento de unificación en nivel directamente político entre estudiantes y clase obrera. Desde que los estudiantes han salido de la universidad, sea con las manifestaciones y las batallas de calle que les han puesto directamente en contacto con la represión del Estado, sea con la continuidad, ampliación y consolidación de la lucha, lo cual ha puesto claro que no están en juego sólo objetivos internos de la estructura escolar, desbaratando los esquemas y los clichés a través de los cuales el poder capitalista realiza la manipulación cotidiana de las conciencias, la lucha contra el autoritarismo ha asumido el carácter de un choque frontal con las estructuras del dominio y la represión social. En este plano puede y debe tener lugar un encuentro entre estudiantes y clase obrera, no en el plano de un interés populista para los trabajadores, y tampoco en el de la lenta formación ideológica de reducidos núcleos de obreros por obra de estudiantes que, sin una suficiente experiencia de clase, se arrojan el papel de cuadros revolucionarios, sino en el del llamamiento a las posibilidades de la lucha contra todo el sistema social que sea orientada y dirigida por los obreros mismos, en el ámbito de la cual se inserten y valoren las luchas de carácter reivindicativo y sindical.

Pero estas relaciones no pueden ser dejadas al azar; deben ser proyectadas y dirigidas conscientemente, no en el plano de la elaboración ideológica, sino en el de la praxis política. El problema tiene dos aspectos y dos niveles:

— el primero es el de la creación de una vanguardia política de las luchas que no esté compuesta exclusivamente de estudiantes, sino de un núcleo homogéneo de militantes, tanto estudiantes como obreros, que afronten juntos los problemas de estrategia y organización de las intervenciones tanto en la escuela como en las fábricas.

—el segundo es el de ampliar al máximo el contacto en cualquier nivel entre estudiantes en lucha y obreros, lo que es indispensable a la formación política de ambos si el nivel del encuentro es el del análisis de las luchas, y usar el mayor número de estudiantes posible para crear enlaces y contribuir a formar nuevos núcleos de obreros organizados.

No hay que tener prisa en institucionalizar estas relaciones. Por lo menos en una primera fase son válidas ora que tengan lugar fuera de los canales sindicales, ora que se efectúan a través de ellos, a condición de que no se reconozca al sindicato una propiedad privada e institucional sobre la clase obrera, que es precisamente el carácter que los comunistas tienden a dar al llamado problema de la “ampliación de las alianzas” (cfr. la entrevista con Giuletto Chiesa en “Rinascita” del 9-3-68).

Sólo sobre la base de esta experiencia podrán elaborarse perspectivas estratégicas de lucha comunes, fundadas en experiencias efectivas y no deducidas abstractamente.

Es obvio que hechos políticos generales como las próximas elecciones no pueden ser ignorados por el movimiento, pero éste debe ante todo adoptar una posición que aclare su situación no sólo en relación con cada uno de los partidos, sino también en relación con el sistema político en su conjunto.

Ante todo, ningún partido ha sabido estar presente en el movimiento en posición políticamente calificada. La mayor parte de los partidos se han alineado en posiciones resueltamente represivas. El PCI se ha alineado en apoyo de las agitaciones, pero ha buscado influir sus posiciones de manera contraria a la dinámica del movimiento, ha silenciado la mayor parte de sus documentos, minimizando los episodios más sobresalientes del mismo y ha demostrado que un planteamiento de la lucha en función prioritariamente electoral está en la raíz de maniobras instrumentistas, de culpables reticencias y una intencional incomprensión de la dinámica política que ha mantenido en pie la agitación de estos meses. En cuanto al PSIUP, en el plano nacional, aunque no ha tratado de frenar el movimiento y ha dejado a sus cuadros la libertad de adoptar

qualquier posición, no ha querido, empero, recibir y acoger las instancias políticas surgidas de las luchas.

No hay que ocultar, por otra parte, sino, al contrario, darle la mayor publicidad, al hecho de que todas las luchas estudiantiles han recogido el impulso de base precisamente en la elaboración de nuevas formas de participación en la lucha política, que escaparon a las trabas de las competiciones electorales y que se contrapusieron no sólo a los viejos métodos sino también al concepto mismo de la representación formal y al principio de la delegación del poder.

Este impulso en la participación directa en la lucha no podrá ser recogido exhaustivamente ni podrá ser esclarecido a fondo, si no se tiene el coraje de contraponerlo al criterio de la representación formal en todos los niveles.

Dando por descontado que la polémica contra los partidos no debe ser nunca abstracta o dirigida partiendo de presupuestos puramente ideológicos, hay que aclarar y explicar el hecho de que las propuestas de trabajo político y organizativo del movimiento no pueden ser admitidas a nivel de partido ni mucho menos a nivel parlamentario y que cualquier aspecto de carácter legislativo no puede constituir un término, ni siquiera parcial, de las instancias llevadas adelante por el movimiento.

LA LUCHA Y LA ORGANIZACIÓN DE MASA

La importancia política de las últimas luchas estudiantiles está, pues, en haber roto en todas partes con la línea burocrática y reformista del pasado y en haber puesto en movimiento a la masa estudiantil en un terreno de discusión del sistema político y social de poder y control. Este proceso, empero, no ha llegado a una completa homogeneización en el plano nacional; quedan, en cambio, situaciones más atrasadas y fuerzas políticas que no han captado todavía la novedad sustancial de la nueva fase de lucha y se detienen en posiciones equívocas y de compromiso.

Ante todo, debe quedar claro que un razonamiento destructivo no es nunca tal si permanece en el nivel de la propaganda, de enunciados verbales y no se traduce en conciencia colectiva y por tanto

un movimiento. Los dirigentes estudiantiles que pretendan sobreponerse al movimiento e ilustrarlo desde arriba con una teoría evolucionaria que sólo ellos conocen, de hecho no logran ligarse de modo efectivo y no instrumental a la masa y acaban por dejar todo el espacio a la tradicional praxis reformista. Esos dirigentes anuncian mecánicamente las teorías maoistas o leninistas, separadas de la praxis de que habían surgido y que las había justificado. No es mero azar que en Nápoles, donde las luchas habían sido orientadas por esta línea, el movimiento no haya logrado tener ninguna continuidad en los meses siguientes. Esta incoherencia entre el razonamiento político y la acción se ha manifestado también de modo explícito en Padua, donde un abstracto debate sobre el papel evolucionario del movimiento estudiantil ha desembocado en propuestas atrasadas de cogobierno de la universidad y de realización constitucional del derecho al estudio (cfr. artículo de Bagnara y Dogo en "Quindici", No. 8).

En la raíz de muchas posiciones emergidas en estos meses en el movimiento estudiantil está la ilusión de que lo que califica la acción del movimiento mismo son los objetivos que se propone alcanzar, lo que vuelve a proponer la eterna discusión sobre la absorción de los objetivos mismos. Pero en realidad cualquier exigencia puede ser absorbible por el sistema en un tiempo más o menos largo; lo que cuenta es el movimiento que la sostiene. Valorar un movimiento a base de su plataforma programática significa tener una concepción mecanicista del choque político; abstractamente las exigencias y los objetivos son todos iguales; lo que les diferencia es su capacidad para traducirse en rebelión colectiva, en disponibilidad de masa para la lucha. Por esto la discusión que en estos meses ha habido sobre si el valor destructivo de la exigencia del salario generalizado es un objetivo más válido que otro. Sería válido si los estudiantes mostraran un fuerte impulso salarial, pero sería absurdo si sobre él no fuera posible construir una disponibilidad colectiva para la lucha. Tanto en la tendencia a las fugas ideológicas cuanto en la tendencia a dar preferencia a los objetivos respecto al movimiento hay un profundo vicio de apriorismo. Partiendo de algunos principios generales de la teoría marxista —como se ha venido desarrollando a través de concretos

procesos revolucionarios— se deduce toda una serie de proposiciones que debieran interpretar, canalizar, prever todos los desarrollos del movimiento en acción, pero se pierde la capacidad para hacer verificaciones, para elaborar inductivamente nuevos razonamientos políticos que sepan realmente captar la situación actual del movimiento e identificar sus desarrollos. De este modo se forman mitos y cristalizaciones: expresiones como “clase obrera” y “partido” pierden toda referencia con las luchas obreras y con los profundos conflictos sociales que están en acción hoy en toda Europa, con la situación real de los partidos existentes. En este plano las construcciones teóricas se hacen infinitas, la acción política se desnaturaliza en una eterna confrontación de alineaciones y opiniones que son en realidad todas igualmente amorfas porque ninguna tiene la capacidad de traducirse en acción política, en cambio de las relaciones sociales. En estas condiciones de impotencia se ha encontrado la ocupación de Roma en su primera fase, y el artículo de Scalzone en “Quindici” es un ejemplo típico de ello.

Partiendo de posiciones ideológicas abstractas muy a menudo se llega a subestimar el papel del movimiento estudiantil, por cuanto se mueve en un ámbito superestructural, y a hacer por tanto las luchas con una perenne reserva mental sobre su significado político. Esta actitud es equivocada tanto en el plano teórico como metodológico. En efecto, por un lado, el desarrollo neocapitalista, al crear una profunda integración entre todos los instrumentos de control social (que van de la fábrica a la escuela, a la familia, etc.), conduce a hacer vana una distinción entre estructura y superestructura (no es mero azar que las luchas estudiantiles hayan tenido que chocar muy pronto con el aparato estatal); por otro lado, sería erróneo pretender enunciar los desarrollos estratégicos del proceso revolucionario en Europa. Es verdad que la revolución no puede hacerse sin la clase obrera, pero mientras no sean identificados en la práctica instrumentos político-organizativos para la realización y la generalización de las luchas obreras, la referencia a la clase obrera se convierte simplemente en una afirmación de impotencia, con lo cual se renuncia a desarrollar una lucha parcial pero posible

(la estudiantil) a cambio de una lucha general que permanece en estado de enunciado.

La otra cara de la abstracción ideológica está representada por el riesgo en que el movimiento se ha visto varias veces de agotarse en acciones de fuerza, sin darse precisas dimensiones en términos de organización y elaboración política.

Está claro que en la fase avanzada de lucha a que hemos llegado no podemos ya permitirnos confiar la suerte del movimiento a episodios aun frecuentes de rebelión, sino que debemos hacer que a la radicalización de la acción acompañe una madurez de la conciencia política y una consolidación de la organización. Esto significa en definitiva plantear el problema de la dirección política y de la organización de masa. Uno de los datos más positivos de las luchas ha sido la desmixtificación del papel de la asamblea general como instrumento de participación colectiva en las decisiones y la construcción de nuevos instrumentos intermedios de democracia directa que permiten superar la atomización y el aislamiento en que los estudiantes están confinados en la escuela neocapitalista y crear así nuevas ocasiones de discusión política de base. Allí donde estos instrumentos no han existido o no han tenido una suficiente continuidad, o han tenido una función puramente cultural, se ha llegado a producir una peligrosa fractura entre base y cima y una tendencia a reducir la elaboración política. Tal es la situación de Milán y probablemente de Roma, pero de estos peligros no está exento el movimiento de Turín.

Las comisiones no pueden limitarse a administrar seminarios con finalidades únicamente culturales o ideológicas ni ser núcleos exclusivamente organizativos; deben convertirse en un momento de síntesis entre las dos cosas, en que la base estudiantil decide las intervenciones políticas a realizar y al mismo tiempo discute su significado y profundiza sus motivaciones. Así, pues, las comisiones para los estudiantes medios pueden ser el medio con el cual los universitarios que participan en la lucha se convierten a su vez en militantes y organizadores políticos en los institutos preuniversitarios y en los institutos técnicos (así ha sido en Roma, en Trento, en Turín). Una comisión sobre Viet Nam o sobre el Poder

Negro no debe tanto estudiar abstractamente esos procesos revolucionarios como tratar de comprender los elementos válidos e importantes para el movimiento, en el plano teórico y organizativo, y difundir la información a los fines de una movilización políticamente consciente sobre estos temas. En sustancia, la actividad de estudio y elaboración debe tener como finalidad el crecimiento de la lucha y la organización.

Esta dimensión político-organizativa es esencial, porque no se puede pensar que el movimiento pueda durar indefinidamente sobre la base del puro rechazo o sobre el bloqueo permanente de la escuela. A la larga se deberá hacer una elección entre dos vías obligadas: aceptar la administración aun parcial de la escuela actual —lo que necesariamente conduce a la integración del movimiento— o discutir permanentemente las estructuras escolares, permitiendo en parte su funcionamiento burocrático y tratando de obtener en su interior un espacio físico (y político) en que pueda organizarse autónomamente. Las ocupaciones “de trabajo” que han surgido dondequiera son ya un paso hacia esta segunda dirección. Precisa, empero, que el movimiento sepa cada vez más desenvolver una acción positiva, puesto que esto es lo que da consistencia y autonomía a la organización y ofrece la posibilidad de generalizarlo, sin estar vinculados al juego de movimientos y contramovimientos con las autoridades escolares y académicas. Para llegar a esta consolidación el movimiento debe saber crear vanguardias políticas conscientes de las vías a través de las cuales pasa el crecimiento de la lucha. Viceversa, en algunas ocupaciones (por ejemplo, en Génova y Roma) han emergido a menudo tendencias espontaneistas según las cuales el principio de soberanía de la asamblea excluía toda forma de organización por encima de ella, o en todo caso preocupaciones democráticas que es necesario superar inmediatamente teniendo en cuenta la fase de vertiginosa expansión en que nos encontramos actualmente. El razonamiento hecho hasta ahora excluye que el problema de un eslabonamiento nacional de las luchas pueda ser resuelto en términos puramente organizativos a través de la constitución de un organismo de coordinación o, peor, de una nueva asociación nacional, o, peor aún, de la constituyente comunista.

Es necesario, en cambio, un proceso de homogeneización de las varias experiencias habidas a través de una madurez de base. El eslabonamiento es un problema sustancial: hay que evitar la creación nueva de una unidad por arriba que luego, de hecho, el movimiento en su conjunto no sigue, sino hacer de modo que en las asambleas y en las comisiones de sede se afirme una línea vencedora en el plano nacional. A la propuesta burocrática de la constituyente estudiantil hecha por los comunistas hay que responder invistiendo directamente a las masas estudiantiles, que hoy están movilizadas y organizadas en las nuevas estructuras de base, del debate político que está en curso en el plano nacional. Una importante función podría tener manifestaciones nacionales de masa, como ha sido la de Florencia por Viet Nam el 23 de abril de 1967, porque ellas contribuyen a crear una cohesión de hecho entre todos los estudiantes.

LA REPRESIÓN

Las luchas estudiantiles de este último año han movilizadado la prensa patronal, han puesto en crisis las últimas semanas de la legislatura, han desencadenado la represión policíaca y revelado en medida quizá no comprobada el rostro represivo y autoritario de nuestra sociedad. Las luchas estudiantiles no han espantado quizá tanto a la burguesía por su carácter destructivo como el hecho de que han revelado una crisis de la clase dirigente italiana, la cual ha mostrado ser incapaz de prever y controlar la situación.

La clase dirigente italiana tiene, pues, la necesidad de recuperar el terreno perdido, esto es, obtener nuevamente esa base de consenso sobre la administración de la escuela y la universidad que las luchas estudiantiles han puesto en discusión en parte.

Esto significa que el adversario que tenemos enfrente se moverá y ello hay que tenerlo presente para el desarrollo del movimiento.

En una primera fase la reacción ante las luchas ha sido exclusivamente confiada a la clase académica, la cual se ha limitado a poner en acción medidas represivas (desalojos forzados, denuncias, me-

didias disciplinarias, amenazas de suspender el año académico, etc.).

Pero con la progresiva expansión y radicalización de las luchas en toda Italia la intervención puramente represiva ha parecido insuficiente y por otra parte también la clase política ha sido envuelta en la crisis universitaria y ha tenido que predisponer soluciones.

De esto se ha desarrollado una reacción más compleja y articulada con intervenciones en diversos niveles, en la cual, mientras de un lado la represión se ha hecho cada vez más violenta y coordinada, de otro se ha comenzado a hacer propuestas de reforma que tienden a englobar el movimiento, desviando el impulso destructivo hacia una modernización de las estructuras escolares.

Son significativas a este respecto las últimas propuestas de d'Avack, del S. A. de Turín y de los profesores de Trento, y en el plano parlamentario, la propuesta de ley ajuste primero y la minirreforma después.

Estos dos aspectos no son contradictorios, sino que forman parte de una única estrategia del adversario dirigida a decapitar al movimiento de sus vanguardias más radicales para luego reabsorberlo dentro de los confines de una renovación moderada.

El movimiento debe estar consciente de esto y debe prepararse a continuar su línea de discusión y de crecimiento de masa, pese a las tentativas reformistas del adversario.

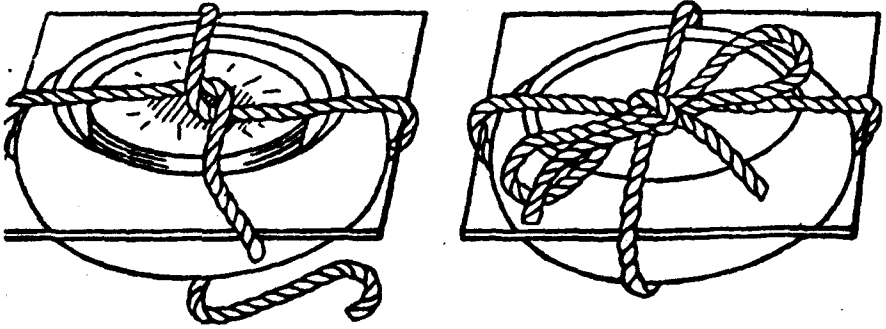
El movimiento estudiantil no tiene la posibilidad de expandirse y consolidarse como fuerza política si no es capaz de afrontar y defenderse de la represión policíaca y judicial puesta en acción por el Estado. El código penal italiano no permite formas de protesta semilegales como aquellas sobre cuya base se han constituido movimientos pacifistas ingleses y norteamericanos. Los márgenes de la legalidad en Italia no permiten formas de agitación con que contar para ampliar el movimiento de masa. Las reglas del juego no son aceptadas en lo absoluto: el problema de la ilegalidad ha llegado a ser de máxima urgencia para el movimiento estudiantil.

En Turín para bloquear un movimiento que ha sabido bloquear la universidad por más de tres meses ha sido instruido un proceso

contra 425 estudiantes. En Pisa 70 estudiantes han sido denunciados; en Venecia y Padua, 30. En Roma 4 estudiantes han sido arrestados. Iniciativas análogas han de tomarse en tiempos distintos en todas las ciudades italianas. Para cortar la cabeza al movimiento estudiantil turinés, el mismo día en que Scalfari y Jannuzzi eran condenados en el proceso De Lorenzo, se ordenaba la captura de 13 dirigentes del movimiento estudiantil turinés. La policía iniciaba una acción intimidatoria sin precedentes contra los estudiantes que habían quedado en libertad: espiaba, hacía registros, controlaba teléfonos, fichaba, amenazaba con nuevas detenciones. En Turín las libertades democraticoburguesas no existen ya. Si el movimiento crece y se consolida, lo que ha ocurrido en Turín no quedará como mero episodio.

“Problemi del socialismo”

Material necesario para el cultivo de las bacterias



Incubación de huevos de gallina

